

SUPLEMENTO FEMENINO

DE

EL BIEN PÚBLICO

oooooooooooo Mahón, 4 de Diciembre de 1924 ooooooooooooo

El feminismo y la mujer

La aceptación del principio feminista para el hombre representa el tácito reconocimiento de su fracaso, porque el dejarse convencer en compartir la responsabilidad pública es una forma de abdicación.

A través de los tiempos, la personalidad humana de la mujer quedó relegada hasta el extremo de considerarse una cosa, como refiere Juan Scherr en sus «Veinte siglos de Historia alemana», y la causa de semejante apreciación radicaba única y exclusivamente en el concepto de superioridad que un orgullo desmesurado anidó en el cerebro del hombre.

Los ensayos, los tanteos, las cien formas de autoridad social para llegar a un pretendido mejoramiento colectivo, a través de la Historia de Occidente, convencieron al hombre que debía abdicar de su primogenitura, ya que la realidad misma de los acontecimientos, con su elocuencia inapelable, hasta la saciedad ofrecíanle pruebas irrefutables de su incapacidad.

Para menguar la derrota del hombre, argúyese la evolución de las ideas y la reforma de las normas de sociabilidad. Semejante razonamiento, al esgrimirlo, demostraría que el hombre no supo evolucionar en grado progresivo hasta merecer que el derecho adquirido en su día por fuerza le fuera otorgado en méritos de su pasada actuación.

Como quiera que fuese, el hecho existe, pues la mujer es aceptada en los comicios y admitida como buena en aquellos cargos que el hombre monopolizó.

En ello radica el peligro. No porque sospechemos que la mujer sea inepta, sino simplemente por representar la derrota del hombre, y este hecho solo implica también la derrota y la anulación de la mujer.

Cada ser, en la naturaleza, tiene su sello propio, sus aptitudes, su por qué. El hombre es representativo del método, del orden, de la fuerza; la mujer de la sonrisa, de la sensibilidad, de la espiritualidad. Abdicar el hombre de su puesto, renunciar a su fuerza ordenadora, al método de sus facultades intelectivas, implica degeneración; y atribuir a la mujer, como autorizarla, que su espiritualidad y su sonrisa y su sensibilidad sean aquello que el hombre por característica inconfundible es ya, también es renunciarse, porque es adulterarse y ofrecer a precario el timbre más bello con que puede mostrarse una mujer.

No discutimos la efectividad, pero sí lamentamos el renunciamiento.

Se dirá que en el orden humano todo se funda en un derecho y que la ordenación de este derecho se regula por una concesión, jamás como potestad innata. Posiblemente la dialéctica es enemiga de la verdad, cuando los subjetivismos pugnan por atribuirse una primacía, y más si confundimos la palabra derecho con la de facultad.

Somos un algo inconfundible que

vibra dentro de una complejidad orgánica perfectamente armonizada con nuestro intelecto nato, y su conjunto es la característica del hombre, como la de la mujer. Puede, sí, la mujer, por educación—que en este caso es la soberbia de una presunción o sugestión,—atribuirse disposiciones masculinas, como el hombre refinamientos y estética puramente femeninos, pero ello siempre es en mengua de la dignidad que a cada sexo le corresponde.

¿Qué duda cabe? Es altamente ridícula la mujer que prescinde de sus peculiarísimas características femeninas y que debiendo ser ella todo espiritualidad, estética, sonrisa, deba fruncir el ceño debatiéndose para imponer algo que no representa otra cosa más sino lucha de materialidades, bajos egoísmos, impropios de la dignidad humana, aun siendo el hombre su único protagonista, por lo mismo que ni le enaltecen, ni son en su entraña misma otra cosa sino bajezas de la ambición.

Somos de parecer que en el mundo se debate un solo pleito: el de la rectitud, el de la honorabilidad, y pues que nuestro siglo más que ningún otro es disgregador y es corruptor de intimidades, el feminismo responde a una protesta, justa, rectísima, porque en el fondo anhela una rehabilitación, cuyos procedimientos para lograrla consisten en decirle al hombre que debiera cuidarse más, muchísimo más, de la intimidad del hogar, pues que de otro modo, al externarse, al prodigarse, no logra la asimilación de lo bueno humano, sino que se arruina el alma, reniega de sí mismo, para a la postre sufrir la vejación de tener que abdicar de aquello que debiera y podría ser. Y sino: ¿no es la mujer belleza, sutileza, encanto? ¿Y logra acaso el cultivo de sus dones masculinizándose?

Vicios de la educación

¡Oh, cariño de la madre, que con sus besos y mimos en un momento deshace el porvenir de sus hijos! Severo el padre prohíbe; y abre ella cien mil portillos para que el niño a sus anchas vuele antes de hora del nido. ¡Fumar!... ¡Dios santo! ¡Qué audacia! Jamás el padre lo hizo ni detrás ni ante el abuelo, síao hombre ya y muy crecido, y no quiere, ni aun de lejos, ver ni el humo de un pitillo ondular audaz y torpe por la boca de su hijo. Pero la mamá padece viendo de su hijo el suplicio, y a escondidas le consiente que burle lo prohibido por la autoridad de su padre: fumar es de hombres; no es vicio. Y así crece el buen retoño en el más burdo cinismo. Su madre, por bajo mano, le marca el fatal camino de burlarse de su padre, y despreciar sus avisos. ¡Oh, cariño de la madre, que con sus besos y mimos en un momento deshace el porvenir de sus hijos!

AMANDA.

La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRESSE)

Noviembre de 1924.

Los vestidos prácticos

Los vestidos prácticos, querida lectora, han sido siempre objeto de infinidad de experimentos interesantes. Ahora más que nunca las mujeres se aficionan a ellos, y eso es muy comprensible en nuestra época en que las cosas más insignificantes alcanzan precios elevadísimos.

Por lo demás, la mujer no sería tal si no quisiera al mismo tiempo que estos vestidos fuesen elegantes, y nuestros costureros se dan perfecta cuenta de que actualmente hay que saber reunir lo útil con lo agradable.

Veamos pues que es lo que se nos ofrece hoy día en este sentido.

El «tres-piezas» continúa estando muy en boga. Sin embargo, cada día toman más incremento los «ensembles»: vestiditos de lana suple, como por ejemplo la *kasha*, o, para más elegancia, de crepé ligero. Para acompañar a este vestido, un *manteau* derecho cuyo forro esté hecho con el mismo tejido que el vestido.

Así, por ejemplo, un vestido de *kasha* natural irá acompañado por un *manteau* de terciopelo de lana marrón con cuello de *skungs* y forrado de *kasha*.

Por la misma razón, con un modelo de crepé azul Saxe se usará un *manteau* de terciopelo de lana marina, forrado con azul Saxe.

Estas combinaciones pueden variar hasta el infinito, y el genio de nuestros costureros se complacen disponer los tonos con armonía.

El vestido-manteau continúa gustando, en este terreno de cosas prácticas y elegantes al mismo tiempo. Actualmente es algo más *etofé* que en la media temporada.

A veces, este vestido-manteau simula una verdadera *jaquette*, por medio de una disposición de tónica o un efecto de *basque*.

El adorno de los vestidos sencillos

Por más que su línea sea siempre sobria, nuestros vestiditos de «tout-aller», que sirven sobre todo para visitar los grandes almacenes, llevan adornos del más gracioso efecto.

Una de las características de la moda de la temporada actual es que la *garniture* se lleva en el cuello y en los puños.

Se ven bonitos efectos de contraste: galones de oro o hasta bandas de piel dorada que delinean un cuello alto y un estrecho bajo de mangas, superponiéndose como si se tratara de brazaletes.

Este efecto se obtiene igualmente empleando minúsculos *entre deux* de crepé de color. Este crepé tendrá que ser del mismo colorido o bien de tonos sabiamente *dégradés*.

Muy bonita es también la *encolure* escotada, y que se termina por medio de un pequeño *empiècement* de crepé impreso multicolor, que cubre graciosamente todo el cuello y se termina por detrás con graciosas puntas flotantes, parecidas a puntas de pañuelo. Este

conjunto va acompañado generalmente de un *carré* del mismo crepé impreso, anudado en el puño.

Se ve también el corpiño plisado, suple y ligero, hecho igualmente con crepé impreso, sobre fondo oscuro y unido, o de crepé unido sobre lana de fantasía.

En este último caso un *depassant* plisado rodea el bajo de la manga estrecha.

Para las señoritas

¿Cuáles son hoy día las preferencias de las jóvenes por lo que se refiere a la moda?

Les gustan, como a nosotras, los vestidos estrechos, casi con exceso; cortos también...

Pero, y esto constituye una paradoja imprevista, los vestidos son menos cortos que los nuestros;

pues hay quien ha descubierto que lo que es decoroso para nosotras no lo es para las señoritas. Y sería difícil decir exactamente si son las señoritas las que con joven audacia copian la línea de las «toilettes» de sus mamás, o bien si son éstas las que deseando rejuvenecerse como todas las mujeres de la actual generación, se sirven de los modelos creados para sus hijas...

Tanto es así que nuestros vestidos y los de nuestras hijas ofrecen una línea perfectamente neta y sobria, y desprovista de toda exageración de

adornos, a fin de rejuvenecer a las que los llevan.

Quisiera recomendaros en esta breve crónica los encantadores vestidos de tarde—de tardes no demasiado elegantes—que comportan un agradable movimiento de *camel* y de *cuello*, que da gracia a la espalda y nos distrae un poco de las *encolures* clásicas.

Así, por ejemplo, sobre un modelo de *reps* fino, de color azul marino, irá un triple cuello de terciopelo *chiffon bleu roy* acorbatado por medio de una cinta estrecha que flotará sobre el corpiño.

Y será ésta una «toilette» joven, graciosa y seductora por demás.

Algunos vestidos de «soirée»

Ya os he hablado en distintas ocasiones, queridas lectoras, de estas «toilettes» que si no son suntuosas, son por lo menos de una elegancia coqueta. Pero estas «toilettes» no tienen que ser vistas bajo el mismo aspecto ni muy a menudo ni durante demasiado tiempo.

¿No os gustaría buscar hoy lo que poseáis a este respecto en vuestros armarios?

Es indudable que tenéis por lo menos un vestido *perlé* de tono claro, y cuyo brillo os encanta.

Si lo habéis comprado hace poco, no hay nada que decir.

Pero si, por el contrario, lo adquiristeis hace tiempo, sacad todas o la mayoría de las perlas y substituidas por piedras de color, lo cual constituye la última novedad.

Quizá tengáis también un vestido blanco. Se ha llevado mucho y todavía se continúa llevando el blanco, como se lleva también mucho metal, de plata y sobre todo de oro.

Si pues os parece que ya habéis visto demasiado vuestro vestido blanco, podéis darle una fisonomía nueva y al mismo tiempo embellecer-



925.

1. Vestido de satén emperador, negro, con bolsillos de hubson.
2. Manteau de *rashadrap* negro y blanco, adorno de piel de *renardot* blanco.

CONSORTIUM DE PRESSE-PARIS

adornos, a fin de rejuvenecer a las que los llevan.

Quisiera recomendaros en esta breve crónica los encantadores vestidos de tarde—de tardes no demasiado elegantes—que comportan un agradable movimiento de *camel* y de *cuello*, que da gracia a la espalda y nos distrae un poco de las *encolures* clásicas.

Así, por ejemplo, sobre un modelo de *reps* fino, de color azul marino, irá un triple cuello de terciopelo *chiffon bleu roy* acorbatado por medio de una cinta estrecha que flotará sobre el corpiño.

Y será ésta una «toilette» joven, graciosa y seductora por demás.

Algunos vestidos de «soirée»

Ya os he hablado en distintas ocasiones, queridas lectoras, de estas «toilettes» que si no son suntuosas, son por lo menos de una elegancia coqueta. Pero estas «toilettes» no tienen que ser vistas bajo el mismo aspecto ni muy a menudo ni durante demasiado tiempo.

¿No os gustaría buscar hoy lo que poseáis a este respecto en vuestros armarios?

Es indudable que tenéis por lo menos un vestido *perlé* de tono claro, y cuyo brillo os encanta.

Si lo habéis comprado hace poco, no hay nada que decir.

Pero si, por el contrario, lo adquiristeis hace tiempo, sacad todas o la mayoría de las perlas y substituidas por piedras de color, lo cual constituye la última novedad.

Quizá tengáis también un vestido blanco. Se ha llevado mucho y todavía se continúa llevando el blanco, como se lleva también mucho metal, de plata y sobre todo de oro.

Si pues os parece que ya habéis visto demasiado vuestro vestido blanco, podéis darle una fisonomía nueva y al mismo tiempo embellecer-

lo, velándolo por medio de encaje de metal, o bien añadiéndole franjas de avestruz o garnitures de marabout.

Si, por el contrario, tenéis que comprar un vestido, os aconsejo el terciopelo. Se tejen actualmente terciopelos encantadores, brillantes como la pana, suples como la mousseline, y cuyos tonos son maravillosos.

Qué bonita es una gaine de terciopelo negro, adornada con armiño, o a falta de éste, con couje blanco, en el bajo de un volante en forme, y con strass en el corpiño.

Un guante bonito en una mano bonita

Nada más gracioso y más práctico a la vez, querida lectora pues tus manos bonitas, que tan bien cuidas, tienen que estar protegidas contra el polvo y contra el frío.

La moda actual de las mangas largas, que aprietan el brazo y que a veces bajan cubriendo una parte de la mano, ha ejercido su influencia sobre el guante, cuyo puño es menos voluminoso, pero cuya amable fantasía compensa la sobriedad de la manga.

El negro está muy en favor. Se le añade a veces el bleu-roy o el bleu-vitrail, en tonos que van desde el violina hasta el ciclamen claro; el naranja o el rojo (contraste demasiado vistoso, que desdibujan las mujeres verdaderamente elegantes) y por fin... el blanco.

Se hacen también guantes de color beige y mordoré; algunos tonos de cobre, un poco de gris, y unos tímidos ensayos de verde botella...

El metal, que es uno de los reyes de la temporada, reemplaza a menudo la seda, sobre todo en los bordados.

Pero de todos modos la nota clásica la da el bordado de seda de color, género Beauvais.

"Toilettes de interior"

Si los vestidos de noche ofrecen un aspecto de exquisita elegancia (con su metal velado con encaje de plata u oro, el cual está rebordado a su vez con flores o perlas, o bien con resille de oro; en fin con mil otras bellezas), nuestras «toilettes» de interior son muy a menudo de un refinamiento exquisito.

En ellas nos es dada una nota, creada recientemente por uno de nuestros grandes costureros, bajo la forma de encantadores deshábills, de terciopelo vivo, en tonos que van del rosa al rojo, o de erepé Georgette, salpicado con motivos de terciopelo.

La forma de estos deshábills es derecha y suple, y se ven en ellos mangas muy largas, que se terminan a veces évasées en largas puntas, como las mangas de la Edad Media. El adorno consiste en bordado de plata o de marabout tono sobre tono.

Si sentís simpatías por el pijama, vestido que es a la vez agradable y práctico, os dejaréis seducir por los que os ofrece la moda de hoy día.

Los pijamas «dernier chic» son de pantalón largo en satín negro, con los cuales se puede llevar ya sea un pequeño smoking de terciopelo vivo, adornado con liebre negra, o bien un kimono de satín negro, longitud tres cuartos, adornado con grandes flores o con grandes pájaros bordados, o bien por fin una casaca de brocart lamé.

Si os decidís por el pijama, cuidad de que se armonice no sólo con vuestro rostro y vuestro pelo, sino también con el home en que lo lleváis.

Intimidades

Si el corsé de otros tiempos (cosa verdaderamente horrible) se puede decir que ya falleció, no sucede lo mismo con la pequeña cintura, la cual está muy de moda actualmente, pues es excesivamente cómoda. Se hace con caucho recubierto con hilo o con seda; para las mujeres delgadas no lleva ningún resorte delante, y se abrocha generalmente por detrás.

Para las mujeres menos delgadas, la cintura será, de preferencia, de batista o de broché, y llevará algunas ballenas, un busc por delante y dos resortes a cada lado.

Para la danza, el tennis, la equitación, hay la pequeña cintura muy baja, que llega exactamente encima del talle, y que está graciosamente adornada con encaje y con rosas rococo.

Los tonos de estos accesorios tan útiles tienen que hacer juego con los de la ropa interior. Inútil decir, pues, que domina el rosa, sobre todo el rosa coral. Encontramos también el malva y el amarillo, en todas sus gamas.

Para continuar la línea de la cintura, que es siempre muy baja en la parte alta y muy apretada en las caderas, se han combinado las brassières derechas, que bajan hasta la cintura, unas de satín o de batista, otras con bandas de filet en la parte alta y de batista en la parte baja.

De este modo la mujer conserva toda su flexibilidad y su porte joven.

El soutien gorge corto es muy apreciado por las mujeres que desean mantener el seno; este soutien-gorge está apenas bordado con un peso de tul o con encaje muy fino. Es de tul hecho, en filet, de fino jersey de seda, y hasta de erepé de China o de linón bordado.

No nos queda más que hablar ahora de las ligas. Los adornos que se emplean para éstas son infinitos pero la flor en forma de cinta ocupa siempre el primer lugar, por más que la pluma intente hacer su aparición.



Elegante combinación de ottoman chaudrón, adornado de rolinsky...

TU COLLAR (SONETO)

De cuentas de cristal tornasoladas cual gotas de rocío sobre flores, es el collar que besa con amores la piel de tu garganta sonrosada.

Sufre como persona resignada el roce de tus rizos seductores, en él, se mezclan múltiples colores y en él, se pierden todos en la nada.

No dieran más realce a tu figura las irisadas perlas fabulosas, ni el oro, ni el rubí; que la hermosura no deja de ser bella en lo sencillo: ¡Un alma, un alma noble y virtuosa es la joya más pura y de más brillo!

ANTONIA GOMILA GUASTEVI.

UN CUENTO PARA TÍ

Una aventura en el tren

Precedido por el mozo de equipajes, atravesé vestibulo y andenes de la estación de Mediodía de la ciudad Condat. En la vía, formado, dispuesto para la marcha, estaba el convoy y apretándose en el muelle esta multitud tan igual y tan distinta de las salidas de los trenes. Subí a un vagón y el mozo señalándome con gesto de triunfo un departamento vacío dijo: aquí irá V. bien, señorito. Sonrei satisfecho y el buen hombre, servidor del momento, acomodó la impedimenta en la rejilla y con un buen viaje caballero!, demostración palmaria de que le satisfizo la propina despidiéndose, llevándose las puntas de los dedos a la charolada visera de su gorra azul y ya en el andén, cerró presuroso la puertecilla, echando la aldaba de seguridad, como temeroso de que algún rezagado viniera a dar al traste con sus buenos oficios.

Había llegado como de costumbre en todos mis viajes a la hora precisa y me admiraba de haber dado con aquel departamento que me prometía, si un intruso de última hora no torcía mis cálculos, un viaje cómodo y feliz. Los empleados de la estación recorrían el convoy cerrando con estrepito las puertas. Se acerca-

ba la hora de la marcha, indiferente como todo aquel que nada espera y en nadie confía para el adiós de despedida, me acodé en la ventanilla contemplando el tráfico incesante de la estación barcelonesa, aquel flujo y reflujo de la vida humana, aquel correr de todos, en ansia infinita de ir deprisa cuando ninguno sabemos si nos será dado llegar.

Los vendedores de periódicos y libros, los alquiladores de almohadas, el bombonero, toda esa laya de vendedores que pululan en las estaciones saltaban a los estribos, aumentando la algarabía con sus pregones de última hora. Vibrantes, secos y autoritarios, cayeron los golpes de campana en mandato de partir y como el centinela avanzado contesta a la voz de alerta, así la locomotora, con un silbido estridente respondió a la voz de metal que le ordenaba: dispuesta para marchar. El jefe de la Estación llevóse a los labios el silbato y la banderola roja dió vía libre, indicando la ruta a seguir. El coloso, afianzose sobre los railes, lanzó un prolongado pitido de satisfacción y empenachándose con su pomposa cimera blanquiazul en vigorosa contracción de sus músculos de coloso, sacó de la inercia el largo convoy, tesáronse las cadenas y lentamente, en constante progresión comenzó la loca carrera sumergiéndose, el gusano de puntos de luz, en las sombras de la noche tendidas ya sobre el campo y que densas, daban la sensación de que el tren corría, corría, a través de un túnel interminable.

Complicado de mi soledad, ocupe mi butaca y me enfrasqué en la lectura del libro favorito. Ageno a todo, como el gran señor que viaja en departamento reservado, no prestaba atención al desfile de las estaciones ni al movimiento que en el pasillo del mismo tren el ir y venir de pasajeros, al restaurant, provocaba. Cansado de leer me dispuse a convertir mi departamento en vagón lit; levanté los brazos de las butacas, me envolví en la manta, amortigué la luz y me acomodé contento y feliz, que en la comodidad de la vida, cifran la felicidad los humanos.

II

Un brusco movimiento del tren en una curva hizo me abrir los ojos, que sintiéronse heridos por la luz: había dormido, y tan profundamente, que ni me di cuenta siquiera de que alguien había penetrado en mi departamento. En alas del sueño, recorrí, sabe Dios qué distancias, fantásticas y reales. Me incorporé y al dirigir la mirada al nuevo viajero, vi, no sin sorpresa, que era una mujer y una mujer joven y elegante. Me indigné; siempre he visto que al rostro de la mujer dormida lo ilumina sonrisa de ángel y por el contrario el del hombre, con el sueño, se oscurece con las grisáceas tintas de la estupidez.

Era bella mi acompañante. Su rostro fino, por su alburar casi transparente, de nácar parecía; sus ojos fijos en la lectura, sombreábanlos unas largas pestañas doradas como los bucles de su cabellera que rebeldes asomaban por debajo del gracil sombrero de viaje. Vestía ella, sencillo traje gris perla y embozándose en capa sedena, cuyos pliegues caían graciosamente, cubriéndola por completo, dejando asomar como en curiosidad impertinente o deseuidada coquetería, las puntas del charolado zapato. Elegancia y distinción, estas dos supremas gracias tan dispares en lo común, armonizaban en mi adorable compañera de viaje.

Balbué unas frases de excusa por mi incorrección, contestadas por ella con la galantería y donaire de la buena educación. Su voz canterina, dulce, me cautivó y llenó mis oídos de la vibración grata de un musical arpeggio.

Las pequeñas incidencias de un viaje; el libro que cae; el viajero que llega y el que sale; el sacó de mano que amenaza desplegarse desde la rejilla; las ventanillas mal cerradas; todas esas nimiedades que tienen alguna importancia para la vida de relación en los trenes y establecen el contacto entre personas que viajan juntas, siguiendo la misma ruta, expuestas a idénticas contingencias, rompieron el hielo que el desconocimiento interponía y cuando la luz rosada del amanecer irrumpió a través de

los cristales, empañados por la esearcha finaera en el interior del vagón, departamos ella y yo, charlando con esa ansia de distracción que siente quien teme al aburrimiento tedio de la soledad en compañía.

Breves fueron aquellas horas de charla. En sol en su plenitud, llevaba hábitos de charla. La campaña que abríase a la vida de un mundo; el tren seguía devorando distancias y echándonos al fin de nuestro viaje: Guadalupe bizcochos, las almendras de Alcalá. Señaló marcha y unos cadetes que suben presurosos y arrojando «juerga», que es día de asueto nuestro departamento va a ser objeto de la intervención: ya des de los intrusos van a acomodarse, les llama: Ahí no, que son tortolos y habrá más miel que en toda la Alcarria.

Ella y yo nos miramos involuntariamente, ella bajó los ojos pudibunda: los intrusos alejan llevando el corredor con la algarabía de sus voces y de sus risas, coreando la sátira del atrevido.

Unas breves horas más y Madrid, que en esta ocasión me pareció hallarlo más cerca que nunca; llegamos; entra el tren en agujas y apaportos del coloso. Los malteros invaden el tren; impiéndonos a todos bajar: Ella ligera saltó al andén; rodeóle sus dedos con los que alegremente, jubilosa, charla y ríe. Perezosamente abandono yo el tren, intento la despedida; ella preséntame a los suyos: D. Carlos Manzanedo, correcto y galante compañero de viaje. Ofrecimientos, expresiones de gratitud, despedida y allá, sobre la acera del muelle de andén queda reto un idilio sin comenzar.

III

Y Carlos Manzanedo, mi amigo entrañable termina su historia de la siguiente manera: El cabo de un año, aquellas relaciones que yo estimaba efímeras por ser comenzadas en el tren, eran bendecidas por Dios y sancionadas por los hombres. La bella desconocida del tren, es Julia, mi esposa, y debo confesarte, que si de tu mano, no he conseguido llegar al Cielo, he alcanzado sí ese Limbo venturoso que llamamos dicha y felicidad.

Por la trascipión FRANZ.

FRIVOLIDADES

Para conservar las flores cortadas mucho tiempo, debe echarse en el agua del florero, cada vez que se mude, un poco de sal o unos cuantos granitos pequeños de alcanfor.

El agua empleada para cocer espárragos, cebollas o lechugas, no debe rarse.

Es muy buena para lavarse, siempre que se tenga cuidado de que no entre en los ojos. Limpia perfectamente los poros de la piel y blanquea el cutis.

A los niños se les debe lavar diariamente los dientes, y en llegando a los tres años, es muy conveniente acostumbrarles a que ellos mismos se laven con un cepillo de dientes suave.

Los dulces y todos los alimentos azucarados se convierten en ácidos en la boca, y comprometen gravemente la futura belleza de los dientes.

Las manchas de los cardenales, que afean tanto, se evitan frotando la parte dañada, tan pronto como se recibe el golpe, con aceite de olivas, y enseguida con trementina.

Imp. de M. Sintés Rotger. — Mahón



A cada aplicación reaparece menor número de pelos; igual sucede con la **ELECTROLISIS** (Depilación eléctrica)

SE VENDE A SEIS PESETAS EN:

Mahón, Camisería Calafat, Plaza Carmen, 12